



XLVIII

Faltaban pocos minutos para las cinco cuando desperté. Ya señora Juana andaba por la cocina disponiéndome el desayuno. Tía Pepa no salía aún de sus habitaciones.

El *sur* soplabá furioso, y la campanita chillona de San Francisco sonaba alegremente, llamando á misa.

Me vestí el famoso traje de charro, cerré el ropero, y cuando me dirigía yo al comedor, la tía Pepilla me detuvo.

—Rorró....

—Buenos días, tía....

—¿Me haces un favor?

—Mande vd.

—Coge el sombrero, y corriendito te vas á oír misa. Oye: están llamando; es la misa del P. Solís, que es ligera.... Anda, ve, pídele á Dios que te vaya bien!

Obedecí á la anciana, corrí al templo, y oí la

misa muy devotamente. Media hora después estaba y de vuelta. Cuando llegué, los caballos me esperaban á la puerta. El criado se adelantó, y descubriéndose me dijo:

—¿Usted es el señor que ha de ir á la hacienda?

—Sí.

—Pues. . . . aquí están los caballos! Cuando vd. lo disponga. . . .

Entré, y me desayuné muy de prisa, sin apetito, abatido, silencioso. Tía Pepa se sentó á mi lado. Trataba de animarme, y hacía esfuerzos para disimular su pena.

Llegó la hora de partir. No quise irme sin decir adiós á la enferma. Aun estaba en el lecho la pobrecilla. Al verme sonrió tristemente.

—¿Ya te vas?—murmuró con voz muy trémula.

—Sí, tía;—le contesté, abrazándola—ya es hora de irnos; ya dieron las seis y me están esperando. . . .

—Bueno. . . . vete, y que Dios te bendiga! Escribe luego que puedas. Saludas de nuestra parte al señor Fernández, y á la señorita. Escribe con frecuencia. Acaso tengas que tratar con los mozos. . . . Te encargo mucha prudencia, mucha seriedad. . . . Vamos, dame otro abrazo, y que Dios te lleve con bien!

La pobre anciana tenía los ojos arrasados en lágrimas, y hacía grandes esfuerzos para aparentar calma y serenidad. Tía Pepa nos miraba y sonreía tristemente. Abracé á la enferma, le di un beso en la frente, y salí de la estancia. Me puse al cinto la pistola, dije adiós á mi casita, y á mis libros, mis buenos amigos, mis cariñosos compañeros, y me dirigí á la calle. Mientras el mozo arreglaba la silla y ataba á la grupa la manga y el jorongo, salió mi tía Pepa, y tras ella señora Juana.

—Vamos, hijo mío, no me dices adiós? ¿Te olvidas de mí?

—No, señora, cómo!

—¿Cuándo vendrás?

—No sé. Acaso dentro de ocho ó quince días.

—¿No me haces ningún encargo?—me preguntó entre llorosa y risueña.

—Sí, tía. La ropa limpia. Con ella el traje nuevo.

—¿Y nada más?

—Nada más. ¡Ah! Si escribe Angelina mándeme vd. las cartas. Las mete vd. en otra cubiertita. A mi buen Andrés muchas cosas. Y adiós, tía, que no hay tiempo que perder. . . . Vaya: un abrazo, señora mía! Otro á vd., señora Juana! Cuide vd. de mis pájaros y mis flores.

Monté á caballo y eché á andar. El criado, un mancebo vivaracho y listo, me miraba de hito en hito, como si dudara de mis aptitudes para la equitación. Cuando puse el pie en el estribo sonrió maliciosamente. Sin duda decía para sí:

—Este es un *cachaleté*. . . .

Me avergoncé. El mancebo me seguía á corta distancia. Tomé por las calles más apartadas y solitarias, temeroso de que las gentes me vieran á caballo. «*Charrito de barro, charrito de agua dulce!*. . . —dirían—*¿De cuándo acá?*»

La idea de que podía yo ser objeto de risas y de burlas me atormentaba cruelmente. Ya me parecía oír á los murmuradores villaverdinos en la botica de don Procopio.

—¿Saben ustedes la gran noticia?

—¿Cuál?—preguntarían en coro con Ricardo, Venegas y Ocaña.

—¡Gran noticia! Asómbrense: ¡Rodolfo á caballo! Yo lo he visto; lo hemos visto nosotros. . .

—¿Y qué tal?

—Mala facha y mala ficha. Muy vestido de charro, tamaño sombrero, y al cinto una pistola que parece un cañón!

Por fin me ví fuera de la ciudad, al principio de aquel camino por donde pasé diez años antes

acongojado y lloroso, una fría mañana del mes de Enero. Recordé aquellos días amargos en que por primera vez me alejé de los míos, niño tímido y medroso, en quiea cifraban sus tías las más risueñas esperanzas. ¡Cuán distinto me pareció el camino! Entonces le vi ancho, anchísimo; ahora angosto, como una vereda montañesa. Entonces miraba yo en el último término del viaje una ciudad populosa, brillante, de todos alabada, para todos alegre y festiva, hasta para el niño que con los ojos llenos de lágrimas y con el corazón hecho pedazos acababa de salir de la casa paterna. Ahora. . . ¿á dónde iba yo? A ganar en ajena morada, entre desconocidos y extraños, un pedazo de pan. ¡Cuántas ilusiones malogradas! ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

Ni la hermosura del paisaje ni el aspecto incomparable de las montañas, coronadas por el Citlatépetl con brillante cono de nieve, ni la belleza sin igual del Pedregoso que corría gárrulo y cantante, distrajeron mi mente y ahuyentaron de mi alma la tristeza. . . .

Pocas horas después me apeaba yo á las puertas de la hacienda. Estaba yo en Santa Clara.



XLIX

Acerqué el caballo á la puerta principal. ¡Cómo me río ahora de aquellas timideces mías! Cerca de la hacienda, al descubrir el caserío á través de las arboledas, me sentí tentado de volverme á Villaverde, y desde allí escribir cuatro letras, dar las gracias al señor Fernández, y renunciar el destino. Me asaltaban tristes presentimientos; me dominaba la idea de que iba yo á ser mal recibido, y me puse temeroso y asustadizo. Temblaba yo al apearme del caballo; estaba yo rojo como una guindilla, y las miradas de cuantos en aquel instante me veían se me antojaron hostiles y burlonas, particularmente las de cierto mancebo muy gallardo que conversaba con otros empleados á la puerta del *rayador*. Mirábame de pies á cabeza, con cierta insistencia insolente y

tenaz, como sorprendido de mi ridículo aspecto de colegial convertido en jinete. Me dirigí al grupo, y pregunté por el señor Fernández.

—En el comedor.... —me contestaron desdenosamente.

—Le aguardaré aquí....

El mancebo levantó los hombros y me señaló un asiento.

—No;—advirtió otro de los empleados, el de más edad,—le esperan á vd!

Llamaron á un criado que me condujo hasta la puerta del comedor. Toda la familia estaba allí reunida. Fernández, en la cabecera; cerca de él, á la izquierda, un niño, como de seis años, pálido y enclenque; en seguida una señora que pasaba de los cuarenta, y á la derecha del dueño de la casa, Gabriela.

—Pase vd., joven;—me dijo el caballero con mucha cortesía—pensábamos que no llegaría vd. y no le esperábamos á almorzar; pero llega vd. á tiempo. ¿Tendrá vd. apetito, no? ¡Ah! El aire del campo.... Aquí tienen ustedes,—agregó dirigiéndose á las señoras—al joven de quien me habla el Doctor. Tú, Gabriela, ya le conoces.... Esta señora es mi esposa.... Este niño es mi hijo.... Pero.... ¡ea! siéntese vd....

Y me señaló una silla al lado de la joven. Después prosiguió, sin darme tiempo para hablar:

—Este es Pepillo.... Aquí le tiene vd.... enfermo. Pero ya vamos bien; ¿no es eso? Y pronto estará muy guapo y muy alegre....

El niño contestó con una sonrisa, dejándome admirar la hermosura de sus ojos negros, muy brillantes y expresivos.

Mientras Gabriela me servía, observé al chico. Era corcovado y tenía color de cadáver. Causóme dolorosa impresión la figura de aquel pobre niño enfermizo y lisiado. Su rostro era el rostro de un polichinela: naricilla de poeta satírico, boca grande y sarcástica, sonrisa burlona. El cráneo voluminoso, bien conformado, acusaba rara inteligencia, aterradora precocidad. El pobre chico apuraba á sorbos una taza de leche, y no dejaba de mirarme.

El señor Fernández me habló de la belleza del camino, de la buena condición del caballo que me había mandado, y terminó preguntándome por mis tías.

—¿Y Angelina?—dijo la señorita.

—¿Angelina?... En San Sebastián... con el P. Herrera.... —contesté.

—Papá: ¿conoces á esa joven?

—No;—respondió el caballero—pero debe ser muy hermosa, y sobre todo muy estimable.... porque tú nos hablas de ella á cada instante!

—¿Verdad, señor,—dijo la señorita dirigiéndose á mí—verdad que Angelina es una muchacha muy inteligente y muy cariñosa? Es compañera mía en la Conferencia, y todos la queremos mucho, mucho!... Y, dígame vd.: ¿por qué es tan retraída? Yo siempre empeñada en llevarla á casa, y ella excusándose. Cuando vd. la vea, dígame que la quiero mucho; que la estimo en todo lo que vale; y que hace mal en no corresponder á mi cariñosa amistad.

—No, señorita:—me apresuré á replicar—Linilla (así le decimos en casa) corresponde á afecto de vd. como es debido. Vd. hace de ella muchos elogios, y ella no escasea las alabanzas.

Entonces la señora preguntó con inoportuna curiosidad:

—¿Esa joven es de la familia de vd?

—No, mamá;—interrumpió Gabriela—ya te he dicho la historia de Angelina. El P. Solís nos la contó una noche.... Esa joven es hija adoptiva del P. Herrera.

—¡Ah que mamá!—exclamó el corcovadito—

¡Qué memoria la tuya! Acuérdate, acuérdate... El P. Solís contó la historia. Esa joven...

—Calla, Pepillo; no hables de eso..... No son cosas de niños....—dijo Gabriela.

El chico prosiguió:

—Esa joven, que el señor llama Linilla, es hija de un militar, y el P. Herrera la recogió en un mesón; es huérfana, no tiene ni padre ni madre...

—Pues yo no me acuerdo de eso!.....—dijo la señora con mucha calma, sirviéndose una tajada de rosbif.

—¡Ah que mamá! ¡Pues yo sí me acuerdo! Todo eso nos lo contó el P. Solís, allá en casa, una noche, á la hora de la cena. ¿No es cierto, Gabriela? Y también dijo que á él le gustaría mucho que el señor se casara con Linilla.... ¡Vaya... con la señorita Angelina!

Rieron todos de la indiscreción del corcovado. Gabriela me miró, y pasándome un plato murmuró á mi oído:

—No haga vd. caso, señor; este niño es así...

¡Le miman tanto!

Al terminar el almuerzo me invitó el señor Fernández á visitar las oficinas.

—¿Viene vd. contento? Las señoras se quedarían muy tristes, ¿no es eso? ¡Calma!.... Ya le

verán á vd. He dispuesto que se encargue vd. de mi correspondencia. No estaba yo satisfecho del empleado que antes la despachaba... pero, en fin, como hacía cuanto estaba de su parte, nunca le dije nada. Se va, vd. viene á sustituirlo, y estoy seguro de que la cosa andará mejor. Aquí vivirá vd. en familia, con nosotros, como en propia casa. Entiéndalo vd.: no será, no será vd. aquí un empleado como los demás. Cada cual merece ser tratado conforme á su clase y condiciones. Llevará vd. la correspondencia; desempeñará vd. otros trabajos que se ofrezcan en el escritorio, y no tendremos dificultades. Desde hoy tendrá vd. una pieza cerca de nuestras habitaciones, un sitio en nuestra tertulia, un asiento en nuestra mesa, y un lugar en nuestra estimación. Ayer me escribió Sarmiento. Algo me cuenta de ciertas murmuraciones. Me dice que estaba vd. muy apenado.... En cuanto á mí, quede vd. tranquilo!... Aprenda vd. á vivir, y vaya vd. conociendo á los hombres. ¡Esta ciencia de la vida, qué es tan difícil y tan amarga!... ¡Valor, joven! De todo eso sé yo, que he pasado, y con mucha dificultad, por ese camino.... y nada de eso me sorprende! Conocí al padre de vd., era persona muy estimable....

Se detuvo delante de una puerta cerrada, la abrió, y me hizo entrar.

—La habitación de vd.... Esta ventana da al jardín. No es de las mejores piezas, como vd. ve, pero está junto al escritorio.

La distinción y la cortesía del señor Fernández me cautivaron desde luego, y cambiaron en pocos minutos el estado de mi alma. Me sentí fuerte y vigoroso para luchar contra todo, para salir vencedor de las mil contrariedades de la vida. Nada me importaba el trabajo, el más duro trabajo; por el contrario le deseaba yo, diario, constante, sin un momento de reposo.

A la verdad: no merecía yo ser objeto de tantas atenciones. ¿Quién era yo para ser tratado de tal manera? El pobre amanuense de Castro Pérez, herido y lastimado por la murmuración villaverdina; un pobre estudiante, recién salido de aulas, favorecido por los elogios de don Quintín Porras, y llevado á Santa Clara por las recomendaciones de un maestro de escuela, de un médico á la antigua, sin fortuna ni fama, y de un mendigo franciscano. Acaso me abonaban también la buena memoria de mi padre y el nombre respetabilísimo de mi abuelo. Quedé prendado de la nobleza de carácter y de la esmerada educa-

ción del señor Fernández. Desde ese día le tuve en altísimo concepto, sin que durante los años que viví á su lado se amenguara en mí la opinión que de él me formé desde el primer momento.

Era el Sr. Don Carlos Fernández un caballero en toda la extensión de la palabra, fino, delicado, discreto, de clara inteligencia y de nobilísimo corazón. Tenía conciencia de su mérito, y procuraba, por todos los medios que estaban á su alcance, conservar su buen nombre, y cuidar de que ni la sombra más leve empañara su envidiable reputación. En ella, más que en la riqueza, cifraba su dicha, y solía decir muy sinceramente:

—No temo el juicio de los demás. Temo el fallo severísimo de mi propia conciencia.

No gustaba de parecer generoso, pero no era ni mezquino ni avaro. Nunca le alabaron en Villaverde por liberal y desprendido, elogio que fácilmente se consigue en mi querida ciudad natal, donde la generosidad y el desprendimiento no son virtudes muy al uso, antes solían tacharle de egoísta y codicioso. Pero sé muy bien, y muchos no lo ignoran, que no era duro de corazón, ni muy cerrado de bolsillo.

Cuando yo le conocí pasaba de los cincuenta y cinco, y las canas que brillaban entre sus rubios cabellos, como hebras de plata, lo decían muy claro. Afable con todos, cortés y comedido con cuantos le trataban, era, sin embargo, enemigo de andar en reuniones y corrillos, y tal vez por eso se pasaba en Santa Clara buena parte del año, y cuando residía en Villaverde no concurría á la tertulia de don Procopio ni al tresillo de mi querido amigo Quintín Porras.

—Mis negocios y mi casa;— decía cuando le acusaban de huraño y retraído—aquí estoy á mis anchas, con mi familia, con los míos. ¿Los amigos? Vengan, vengan, que serán bien recibidos!

Conoció desde luego el carácter de los villaverdinos, y quiso evitarse el andar en lenguas. Se comprende que no lo consiguiera, cosa difícil en aquella tierra, pues le trajeron y le llevaron de aquí para allá, durante varios meses; pero al fin le declararon huraño y orgulloso, y le dejaron en paz.

Sarmiento me contó muchas veces el origen de la fortuna del señor Fernández. A la muerte de sus padres quedó don Carlos muy niño, y nominalmente heredero de una fortuna, muy

mermada y comprometida, que en manos de tutores y albaceas, perseguida por acreedores y legatarios, y tamizada por leguleyos y abogados, se volvió sal y agua en menos de diez años. Algo logró salvar el heredero, gracias á la habilidad de un jurisconsulto michoacano, y con ese pico, unos cuantos miles de duros, y á fuerza de inteligencia, de trabajo y de economías, el capitallito fué en aumento, hasta convertirse en una fortuna muy saneada y redonda, hecha contra viento y marea, en los días más desastrosos de la guerra civil. La tal fortuna consistía en fincas urbanas, y no de las manos muertas; en algunos capitales bien colocados, y en la hacienda de Santa Clara que don Carlos compró muy barata, casi en ruínas, y que él restauró y engrandeció allá por el 64, al advenimiento del régimen imperial.

Que don Carlos había padecido mucho en su juventud no cabía duda; él mismo contaba que se vió obligado á trabajar al lado de personas extrañas que le trataron mal; que más tarde tuvo un jefe que le estimó y le impartió franca protección, hasta que le fué dado ponerse al frente de sus propios negocios.

Y, cosa rara en personas que han padecido mucho en la mocedad, no se tornó misántropo, ni

egoísta, ni se le agrió el carácter. Era, en cierto modo, desconfiado y receloso, digamos mejor, cauto. Difícilmente le engañaban. Experimentado, conocedor de la maldad humana y de las flaquezas del prójimo, poseía una cualidad rarísima en los que como él salieron victoriosos de los combates de la vida: no juzgaba de las gentes por las apariencias; á cada cual daba lo suyo; no creía en patentes virtudes, ni andaba á caza de vicios escondidos, y con pasmoso acierto descubría en los individuos defectos encubiertos y ocultas virtudes.

Era bueno, inteligente, franco, leal, desinteresado, (que también en el rico cabe el interés) y se preciaba de urbano y atento; pero justo es decir que solía ser desdeñoso con las personas en quienes no hallaba corrección y buenos modales, y acaso el único camino por donde fuera fácil vencerle era el de la más exquisita pulcritud; todo lo perdonaba, los mayores defectos, los más grandes vicios, menos el trato burdo, la maledicencia y la mala crianza. De aquí que su conversación fuese por extremo grata, y de aquí las maneras irreprochables de él y de los suyos. La señora doña Gabriela me pareció siempre un simpático y elegante tipo de mujer. Fina y co-

rrecta como su esposo, elegante por naturaleza y educación, desdeñosa como él para con las gentes vulgares y ordinarias, la señora doña Gabriela poseía el rarísimo dón de hacerse amar de todos, sin que para ello empleara lisonjas y lagoterías. Lujosa sin ostentación, elegante sin pretender atraerse las miradas de los demás, fina sin charla zalamera, para todos tenía una palabra cariñosa. Había en ella algo ó mucho de aquellas damas mexicanas, chapadas á la antigua, piadosas sin gazmoñería, caritativas sin parecer sensibles, y en las cuales no podemos pensar sin imaginárnoslas vestidas de negro y veladas con rica y aristocrática mantilla. En doña Gabriela sólo una cosa merecía censura: su bondadosa tolerancia para con el pobre niño corcovado. Cierta es que la miserable condición de Pepillo, enfermizo y lisiado, explicaba muy bien los mimos y consentimientos de sus padres.

Muchas veces les oí decir dolorosamente:

—Si este niño tuviera salud y robustez como esos chiquitines que pasan por ahí. . . . ¡aunque fuésemos tan pobres como un mendigo!

Pepillo era en aquella casa tristeza y dolor.

Gabriela, felicidad y alegría.

L.

En poco tiempo me hice amigo de los otros empleados. Mi edad y mi carácter tímido é irrequieto me fueron propicios en esta ocasión. Mis compañeros creían habérselas, sin duda, con balandrón mancebo, presumido, jactancioso y pagado de sí, que vendría á imponérselas, abusando de la bondad con que le trataba el señor Fernández. Éste hizo en presencia de ellos grandísimos elogios de su nuevo empleado, y tal vez por eso me recibieron reservados y desdeñosos; pero al ver que se habían engañado, que me esforzaba en ser comedido y cortés, cambiáronse en grata simpatía la reserva y menosprecio manifestados á mi llegada. Sólo uno, el joven cuyo puesto ocupé, me vió con malos ojos. Entonces lo mismo que ahora. ¿Por qué? Sépalo Dios. Enrique, así se llamaba, salía de aquella casa por su gusto, para mejorar de empleo, para ir á desempeñar otro muy codiciado, en no sé qué ofici-

na administrativa. Por mi parte no acierto á explicar la antipatía con que siempre me ha visto. Aun vive, rico y estimado; suelo encontrarme en el casino, en el paseo, en los teatros; pasa cerca de mí y no se digna saludarme; no olvida ni quiere olvidar que yo le sustituí en el escritorio del señor Fernández. Repito que muy pronto fueron muy buenos amigos míos los demás empleados. En ellos tuve siempre auxiliares y consejeros. Procuré serles útil: los ayudaba en cuanto podía, y más de una vez ocupé su puesto para que ellos pasearan ó se divirtieran, ya en alegres partidas de caza, ya en Villaverde con motivo de alguna fiesta ó de algún espectáculo teatral que llamaba la atención.

Era yo en Santa Clara objeto de las atenciones de toda la familia. La señora solía decirme:

—Rodolfo: está vd. en su casa! Tendré mucho gusto en hacer con vd. las veces de madre...

Don Carlos no me trataba como á un mozo inexperto y vano, antes, por el contrario, me distinguía con su afecto, me confiaba planes y negocios, y conversaba conmigo franca y lealmente, con la sinceridad y llaneza de un amigo viejo. A las veces, después del trabajo, me encerraba yo en mi habitación, ó, cediendo á mis in-

clinaciones de soñador, me iba á vagar por los campos, deseoso de estar solo con mis pensamientos, con el recuerdo de Linilla.

Cuando don Carlos me veía salir ó advertía que estaba yo en mi cuarto, me detenía ó me llamaba.

—¿A dónde va vd? ¿Qué hace vd. allí? Vengase á charlar con nosotros.

Por la noche, después de la cena, nos reuníamos en la sala. La señora se recogía temprano para cuidar del corcovadito, siempre delicado y enfermo; don Carlos jugaba ajedrez con alguno de los empleados, y Gabriela tejía ó leía y revisaba sus periódicos de modas. Entre tanto recorría yo los papeles de Villaverde y los diarios de la Capital. Allí se recibían casi todos, además de alguna publicación exclusivamente literaria que Gabriela coleccionaba con el mayor cuidado.

Entonces leí muchos versos de Justo Sierra, las crónicas teatrales de Peredo, y las revistas que Altamirano escribía en *El Siglo XIX* y en *La Revista de México*. No olvido ni olvidaré jamás el interés con que devoré algunos trabajos literarios publicados en aquellos días. El estudio del *Edipo* en que Peredo hizo alarde de su saber

en materia de arte dramático; el juicio de Altamirano con motivo de la representación del *Baltasar* de la Avellaneda, artículo brillante y galano que me pareció insuperable. *El Renacimiento* fué mi periódico favorito. ¡Qué amena y grata lectura me proporcionó esta revista! Versos de Luis G. Ortiz, de Collado, de Roa Bárcena, de Sierra, de Segura, de Ipanandro Acaico... ¡Qué amable, qué simpática me parecía la unión de todos estos escritores, algunos contrarios en ideas políticas, todos amigos sinceros en literatura y en arte! Así debía ser, así me imaginé siempre la república literaria, sin odios, sin envidias, sin rencores. Todos los ingenios, mozos y viejos, conservadores y liberales, unidos por el amor á la belleza.

Me seducían las estrofas de Justo Sierra... Aun ahora las recito con el entusiasmo de los diez y nueve años.

Cuando en los periódicos trataban mal á algún poeta, de uno ú otro bando, (los partidos me eran repugnantes y odiosos) me sentía yo lastimado, y saltaba indignado al venir en acuerdo de que tales censuras y tales críticas, de ordinario desentonadas y acerbadas, eran inspiradas por el rencor político. ¡La política! ¿Qué me im-

portaba á mí la *vieja inmunda* como Altamirano la llamaba? Los jóvenes de aquella época se cuidaban poco ó nada de la política. Nacidos y criados en los días azarosos de la guerra civil, testigos de horribles catástrofes, de tremendas injusticias y de sangrientos combates, nos repugnaban aquellos horrores, tan opuestos á la nobleza y á la generosidad juveniles. No simpatizábamos con ninguno de los partidos contendientes; odiábamos las luchas de la política, y los mejores artículos de Zarco ó de Aguilar y Marocho, y los más elocuentes discursos de Montes ó de Zamacoña, no valían para nosotros lo que un sonetillo mediano publicado á la zaga de cualquier periódico villaverdino.

He oído decir muchas veces que los jóvenes de aquel tiempo amaban poco á su patria. Sí la amaban, y con todas las fuerzas de su corazón; pero no querían para ella agitaciones y turbulencias, ni avances peligrosos ni retrocesos inútiles. Deseaban paz y justicia para todos, para vencedores y vencidos; paz fecunda en bienes, á cuya sombra prosperaran los pueblos y se aumentara la riqueza pública; paz que hiciera renacer las artes y las letras, á los cuales reservaba la gloria días venturosos y felices; y justi-

cia para todos y en todas partes, justicia sin la cual no puede existir la libertad.

A ruego mío, mientras don Carlos se engolfaba en su partida de ajedrez, abría Gabriela el piano, un soberbio *Erard*, y tocaba lo más selecto del repertorio en boga....

Las horas pasaban dulcemente, dulcemente, como las ondas del río lejano que nos enviaba, á través de los bosques rumorosos, y de las alamedas del jardín, el canto misterioso de sus turbias aguas.

El balcón abierto; las llanuras adormecidas; la selva silenciosa; el cielo límpido y puro, sin nubes ni celajes; la luna á la mitad de su carrera; el piano derramando á torrentes la música de los grandes maestros; la belleza y la juventud rindiendo culto al arte, y en mi alma la dulce alegría de quien ama y es amado, el enjambre cerúleo de las más risueñas esperanzas....

Pero ¡ay! de repente me sentía yo acometido de profunda tristeza, de mortal melancolía, de aquella melancolía mortal, mi dulce compañera en las tardes de otoño, cuando sentado en la florida vertiente del Escobillar me abismaba yo en la contemplación del hermoso valle nativo iluminado por los últimos fuegos del crepúsculo.

LI

La rubia Gabriela era franca, alegre, expansiva, y había en ella cierta sencillez infantil muy en armonía con el azul violado de sus ojos y el áureo color de sus joyantes cabellos. Destrenzados, sueltos, atados con una cinta de seda, se me antojaban un haz de miez madura.

Gabriela subyugaba las almas con la dulzura de su carácter, mejor que con su delicada y elegante belleza. Y era lindísima: fisonomía suave y aristocrática; perfil correcto; lábios ingenuos, expresivos, como entreabiertos levemente por una exclamación de sorpresa; las mejillas con los tintes de la rosa: la cabeza artística y gentil; el cuello delgado y donairoso. Poseía la blonda señorita, algo, ó mucho, de la singular belleza de dos muje-

res muy célebres y admiradas entonces: Adelina Patti y la Emperatriz Eugenia.

Alta, delgada, esbeltísima, *ideal*, como acostumbra á decir los poetas, en Gabriela se juntaban maravillosamente la frescura de una arrogante juventud y los encantos misteriosos de una belleza apacible y casta.

Durante los primeros días la joven se mostró conmigo seria y ceremoniosa, lo cual, á decir lo cierto, no fué muy grato para mí. Procuré portarme de la misma manera; correspondiendo así á la reservada actitud de la doncella; pero el trato diario en la mesa, en la tertulia, en el paseo y en las horas de descanso nos acercó poco á poco, y pronto hubo entre los dos cierta confianza decorosa y afable de la cual nació una amistad placentera y cordial.

Entonces pude admirar en Gabriela no sólo la sencillez de su alma, sino lo que en ella valía más, la nobleza de su corazón.

Habituada al trato de personas cultas y distinguidas; educada con esmero; rodeada de cuanto la opulencia y el amor paternal pueden ofrecer á una niña de su clase y condiciones, la señorita Fernández ni estaba engreída con su elegancia, ni pagada de su hermosura, ni satisfecha de sus

raras habilidades. Tocaba el piano como una profesora y se creía una pobre aficionada; dibujaba magistralmente, pintaba lindas acuarelas, frutas, flores, pájaros, paisajes, y no se daba cuenta de sus aptitudes artísticas, ni de que sabía robar á la naturaleza la línea, el tono, la expresión, el ambiente que aisla y destaca las figuras, el rasgo oportuno que anima los objetos, la tinta desvanecida, vaga, vaporosa, que hace resaltar las imágenes sin endurecer los contornos.

Obediente, sumisa á la voz de sus padres, jamás se oponía á sus mandatos, como suelen hacerlo las señoritas de las clases elevadas, que gustan de ser caprichosas y se complacen en ser mimadas por los suyos. La vida de Gabriela estaba consagrada á sus padres. Obsequiarlos, tenerlos alegres y contentos era su único deseo, y de seguro que nunca dejó de agradecerlos. Sufrió con paciencia ejemplar al infeliz jorobadito en quien estaban reunidos todos los defectos morales y todas las desgracias físicas. El pobre niño, lísiado, enfermizo, horrendamente precoz, era ruín, mezquino, insolente, atrevido y deslenguado. Como todos le halagaban y le complacían, y no había capricho que no consiguiera ni falta que no le fuese perdonada, imperaba en aquella

casa como soberano absoluto, como señor de vi-
das y haciendas, siempre dispuesto á hacer el
mal, complaciéndose en atormentar á los anima-
les que caían en sus manos, gozándose en insultar
y calumniar á los criados, en burlarse de todos,
y en repetir las palabras más soeces aprendidas
en la calle ó de labios de los cocheros. La
señorita Gabriela, objeto frecuente de las iras
del niño, á causa, sin duda, de que sólo ella le
corregía y le castigaba, pasaba ratos muy amargos.
El corcovadito la aborrecía de muerte, como á
todos cuantos se oponían á sus caprichos y
deseos, y á la menor corrección la insultaba con
dichos y palabras de taberna.

La joven solía implorar en su defensa la auto-
ridad del señor Fernández.

—¡Papá!—decía suplicante y apenada—Oye
á Pepillo.... Abrió una jaula, atrapó un canario
y le ha quebrado las alas... Le reprendió...
y me contesta con unos dichos y unas palabras....

—¡Perdónale, hija!—respondía el padre—¡Pobre
niño!....

El corcovadito quedaba victorioso, fingía arre-
pentimiento, se acercaba á la joven para acariciarla
y darle un beso, y luego que se iba el señor
Fernández volvía á los improperios y á las obce-

nidades. Reía, se mofaba de su hermana, é inventaba
nuevas fechorías.

Una tarde, después de una escena de éstas,
fuimos al jardín; Fernández y la señora se quedaron
con el niño en un merendero; Gabriela y yo nos
perdimos, á lo largo de una calle de fresnos,
en busca de violetas. La niña lloraba y no levantaba
los ojos.

—No llore vd., Gabriela....

—¿Que no llore?—murmuró enjugándose los
ojos.—¡Cómo no he de llorar! Quiero á Pepillo
con toda mi alma. Día y noche le tengo en la
memoria.... Su desgracia es la eterna amargura
de mi vida. ¡Deforme, enfermizo, y... malo!
Sí, Rodolfo: ese niño es malo. ¿A quién ha salido?
¿De quién ha heredado esa perversidad de corazón?
¿Qué será de él si llega á hombre? Me odia,
me detesta, y yo le amo.... Ya vd. ha visto cómo
me trata.... ¡Y todas las gentes me envidian,
y todos dicen que soy la más feliz de las mujeres!
.... ¿Feliz?

—Debe vd. perdonar á Pepillo....

—Le perdono... pero no puedo permitir que
sea así.... La perversidad de ese niño crece de
día en día... ¡Por fortuna no vivirá mucho!...
No le deseo la muerte, no, ¡Dios me libre de ello!

Pero, ¿á dónde iremos á parar si Pepillo sigue con esos instintos crueles y depravados? Si viera vd. cómo tiemblo al pensar que el mejor día, por cualquier motivo, será vd. objeto de las iras de esa infeliz criatura!

—No tema vd. . . . Me quiere, hacemos buenas migas. . . .

—No, Rodolfo; es mi hermano, le quiero mucho, pero le conozco; no hay que fiar de ese niño. . . .

Entonces Gabriela me refirió mil incidentes desagradables, y me hizo comprender, muy claramente, que temía que Pepillo dijera el mejor día algo que me lastimara y me ofendiera, y con este motivo la pobre niña me abrió su corazón.

—Todos me envidian y codician mis riquezas, pero, á decir verdad, amigo mío, ¿de qué me sirven lujo, comodidades y bienestar, si en medio de todo eso soy víctima de ese pobre niño, de mi hermanito, de mi único hermano á quien amo y compadezco?

De pronto, como si aquella conversación le fuese penosa, varió de asunto y deteniéndose al pie de un árbol se puso á contemplar, entre el follaje las últimas luces del día, el cielo dorado, sobre el cual se dibujaban, límpidas y claras

las ramas de un gran fresno desnudo, mientras yo ataba un haz de violetas.

—¡Hermosa tarde! ¡Quién pudiera trasladar al papel el espléndido cuadro que tenemos delante! Vd. está triste. . . . ¿por qué? Nosotras deseamos verle contento. ¿A qué ese rostro abatido y melancólico? Papá nos ha dicho que ha sufrido vd. mucho. . . .

Ciertamente, me rendía la tristeza. Pensaba yo en los míos, en mi pobre casita, en las buenas ancianas cuyo recuerdo me era tan querido, y en Linilla, en mi dulce Linilla!

—No, señorita. . . . —murmuré sonriendo.—A las veces se me va el pensamiento hacia Villaverde, en busca de los que me aman. . . .

—Y más allá. . . . más allá. . . . detrás de esas montañas que atraen las miradas de vd.

Sonrió la niña, y me señaló á lo lejos los picos más altos de la Sierra, y agregó:

—Diga vd.: ¿No es en aquellos valles donde está el pueblo de San Sebastián?

—Sí.

—Pues. . . . allí está Angelina!